

Grandes Figuras

En estos días la versión francesa del escritor checo Karel Capel "Conversaciones con Masaryk", que recuerda las conversaciones con el príncipe Eckermann.

Los discursos del patriarca y del rector de este de Capel es el más vivo y el más gozoso. En marzo de 1935, cuando tenía los ochenta y cinco años, y en mayo y seis, sigue llevando sillares a la tumba de los tiempos nuevos.

En este momento, la hora de acostarse sobre la cama cuando se es, como Masaryk, antes de ser un combatiente, un obrero al servicio del Estado en marzo de 1935, en un banquete, en un momento en que sueña con el mismo futuro en cincuenta años. Luego de forjar la independencia para el pueblo planea Masaryk un régimen que repose sobre la unidad del mundo, donde las utopías de hoy son las que se abren y no abre su corazón ni a la duda ni a la incertidumbre como en los mediodías de su vida, la fe que milita de sol a sol y se aferra a las ideas que confortaron su vida en las adversidades, entre las cuales la más insidiosa. Se desterró de sus propios países; pero los lares, libres ya, no son

para el luchador cuarteles de invierno. Hay que ganar día a día a la libertad hitos nuevos y descansar peleando. Lo cree Masaryk así, y como otro anciano glorioso, Clemenceau, morirá en pie para descender verticalmente a la tierra madre.

Respiran dignidad antigua las palabras con que agradeció el homenaje de sus compatriotas: "No he descubierto en el Poder ninguna norma que no se ajuste a las que he amado siempre. Los criterios de moralidad que rigen para el individuo rigen para el Estado, y quien se entrega a distinciones, no se comporta como bueno. Tengo fe en la democracia, y la certidumbre de que imperará de nuevo en el mundo no vacila. El fin del Estado no puede ser el Estado mismo, y la consciencia individual no debe inmolarle sus principios. Porque el Estado no es el fin del hombre, y el hombre sí el fin del Estado. El confundir las dos cosas ha traído gran perturbación a nuestra época. Hay tiempo de rectificar conforme a las prácticas liberales, que han sido, y ojalá lo sean siempre, el honor de Europa."

Lo han sido y lo son, pero el propio Masaryk que lo proclama se dolía hace meses de la lentitud anacrónica del Parlamento, lentitud aplicable a la burocracia y a la administración de justicia. Hay que perfeccionar, sin duda, los usos liberales; pero el régimen de autoridad los deroga antes de enmendarlos.

En las conversaciones con Masaryk de Karel Capel, memorias habladas que sorprenden por su animación y por su relieve plástico, la profesión de fe libe-